

Las narraciones históricas y la representación del pasado*

Rosa E. Belvedresi**

En la filosofía de la historia actual parece haberse impuesto una forma de “idealismo lingüístico”¹, representado por posiciones que desmitifican la supuesta transparencia del lenguaje y rechazan, por lo tanto, la importancia de su función representativa, remarcando la dimensión retórica del texto como “artefacto”. Pretenden así problematizar las fronteras entre lenguaje y realidad. En este sentido se insiste en que en lugar de mirar al pasado *a través* de las narraciones, las narraciones deben verse ellas mismas como objetos, proponiendo lo que Kellner ha denominado “getting the story crooked”².

En cierto sentido podría decirse que estas tesis representan una amenaza escéptica para el conocimiento histórico. En particular, porque al remarcar las similitudes estructurales de los “relatos”, en general (sean los de ficción o aquellos que pretenden hablar sobre lo que en realidad ocurrió), también parecen querer hacer desaparecer las diferencias entre unos y otros³.

Este enfoque narrativista (o textualista, como prefieren algunos) nos deja la sensación incómoda de que la historia ha perdido su objeto de estudio. Si los historiadores estuvieron orgullosos de tratar de determinar científicamente qué fue lo que ocurrió, el paradigma narrativista ha dejado en claro que aunque los historiadores se propongan hablar del pasado, éste parece escabullírsele de entre las manos. Así que, en lugar de la preocupación

· La presente es una versión preliminar de la ponencia a ser leída. Retomo aquí algunos trabajos míos anteriores, en especial: “Historia, representación y perspectiva” (publicado en: **Epistemología e Historia de la Ciencia (Selección de trabajos de las XVI Jornadas)** Universidad de Córdoba, 2006) y “Retórica y narración histórica” (inédito, leído en el V Coloquio Internacional Bariloche de Filosofía, 2000).

** Univ. Nac. de La Plata y Gral. Sarmiento – CONICET.

¹ Cfr. Lorenz, C.: “Historical Knowledge and Historical Reality: a Plea for ‘Internal Realism’”, **History and Theory**, 33, 1994 (297-327).

² Con esa expresión Kellner hace referencia a “un modo de *lectura*. Significa mirar al texto histórico en un modo tal como para hacer más evidente los problemas y decisiones que forman sus estrategias, por más ocultas o disfrazadas que puedan estar. Es un modo de mirar honestamente hacia *otras* fuentes de la historia, que no se encuentran en archivos ni en bases de datos de computadoras, sino en el discurso y la retórica”, Kellner, H.: **Language and Historical Representation. Getting the Story Crooked**, Wisconsin, University of Wisconsin Press, 1989, p.vii.

³ Hay que reconocer que esta similitud ha sido defendida incluso por Ricoeur, por lo que también en este caso, pueden verse las tensiones que recorren su obra –en particular **Tiempo y narración**- en relación al riesgo de identificar historia y literatura.

por cuestiones referidas al contenido empírico de una narración, o su adecuado uso de las fuentes admitidas, lo que aparecerá en el centro de la escena será el interés en los recursos retóricos que los historiadores usan para construir sus narraciones sobre el “pasado”.

Como consecuencia de las tesis narrativistas, la cuestión de si la narración histórica representa al pasado aparece como un tópico central, el que a su vez significa una doble pregunta: ¿la narración histórica refiere al pasado?, y al hacerlo, ¿propone una representación adecuada (verdadera) del pasado real?

Conviene recordar que esta cuestión se inserta en la problemática más general de la relación entre el lenguaje y aquello extra-lingüístico sobre lo que el lenguaje habla (o pretende hacerlo). Un antecedente clásico al respecto lo constituye la teoría pictórica del 1º Wittgenstein para la cual la proposición es una “figura de la realidad” (*Tractatus*, 4.021.), de modo que “*si es verdadera, la proposición muestra cómo se comportan las cosas. Y dice que se comportan así*” (4.023). De ahí viene, entonces, la idea de que la representación involucra una relación de isomorfismo entre el lenguaje y la realidad. Una postura como esta resulta hoy en día insostenible, la epistemología ha avanzado en definir a la representación sin apelar necesariamente a una relación de semejanza o mimesis entre la representación y lo representado⁴.

En este contexto, la narración viene a introducir un elemento problemático adicional en cuanto no resulta una mera suma de proposiciones, cada una de las cuales es verdadera. La narración tiene una manera peculiar de organizar su contenido informativo dado que no está formada por la sucesión de proposiciones unidas por el conector “y”. Esto responde a las que podríamos llamar sus características estructurales, a saber, su organización en tres momentos: comienzo o introducción, medio o desarrollo y fin o cierre narrativo. Es a su vez típico de la narración el ser construida desde un punto de vista retrospectivo, desde el final.

La problemática acerca del valor representacional de las narraciones históricas debe verse en dos aspectos: en primer lugar, el problema epistemológico más general acerca de la crisis de la concepción representacional clásica del conocimiento (punto sobre el cual no

⁴ Así por ejemplo pretendería hacer Ricoeur con la noción de “representancia” (cfr. pp. 359-369 de su *La mémoire, l'histoire, l'oubli*; París, Seuil, 2000). En una dirección opuesta, J. Topolsky rescata para el nivel de la construcción teórica de la narración el que deba “reflejar la estructura de la realidad”, y ser así “más o menos fiel a (isomórfica con) la realidad”, (“Conditions of truth of historical narratives”, *History and Theory*, XX, 1, 1981), p.59.

voy a ahondar aquí); y, en segundo lugar, la cuestión de si la narración representa el pasado, lo que exige clarificar qué representa y cómo lo hace. Este último punto involucra una importancia adicional ya que en general se entiende que la defensa del valor representacional de la narración histórica es la condición para poder distinguir racionalmente entre relatos históricos y relatos de ficción.

Fue quizás L. Mink quien identificó en el carácter narrativo una nota diferencial esencial de la comprensión histórica, en la medida en que aquél permite dar cuenta del cambio histórico, tal como lo manifiestan expresiones como “sociedad preindustrial” o “decadencia y caída”. La narración es la forma en la que hacemos comprensibles las muchas y sucesivas interrelaciones presentes en un desarrollo, y no una mera cuestión técnica, ya que permite “poner juntos” un número de elementos en un único complejo de relaciones concretas, lo que Mink caracteriza como “comprensión configuracional” (configurational comprehension). Se plantea así el problema de en qué sentido puede decirse que una narración es verdadera o falsa, ya que contiene muchas relaciones de ordenación, y muchos modos de combinar esas relaciones. Según Mink, esta característica hace más viable definir a una narración como coherente o incoherente, que como verdadera o falsa. Lo que denomina la “función cognitiva” de la narración consiste no sólo en relacionar una sucesión de eventos sino en corporizar un conjunto de interrelaciones de tipos muy diferentes como un todo único⁵.

Tanto para Mink, como para Danto, el énfasis puesto en el carácter complejo de la narración como una totalidad, como un modo de organizar el conocimiento, impacta profundamente en el concepto de eventos o acontecimientos que forman parte de las narrativas⁶. En ambos, las descripciones de los eventos o acontecimientos dependen de las narraciones en las que están incluidos, específicamente, del lugar que ocupen en el desarrollo de esas narraciones. Dicha inclusión depende fundamentalmente del interés del historiador, las descripciones de los eventos no son el material crudo a partir del cual se construyen las narraciones, más bien dichas descripciones son una abstracción de una narración. En este punto, para Mink, la cuestión problemática reside en la incompatibilidad entre el concepto de narración y el de representación histórica. En efecto, para hacer compatibles ambos, haría

⁵ Estoy resumiendo las tesis de Mink de su artículo clásico: “Narrative Form as a Cognitive Instrument”, en: **Historical Understanding**, (Ithaca, Cornell University Press, 1987).

⁶ Uso de manera indistinta los términos “evento” y “acontecimiento”, sin entrar en especificaciones en relación a sus significados

falta sostener la idea de la Historia Universal, es decir, la idea de que hay una realidad histórica determinada que es el referente para todas nuestras narrativas de lo que realmente ocurrió, la Historia Universal permanecería así como el relato no contado al que las narraciones históricas se aproximan. Así, el pasado puede hacerse inteligible sólo como sujeto de los relatos que contamos.

Los desarrollos de Danto, por su parte, concluyen con la imposibilidad de contar con una crónica ideal (en la medida en que ésta no podrá estar compuesta por “oraciones narrativas”⁷), lo que finalmente involucra la consecuencia de que es imposible formular descripciones completas, cerradas, de los acontecimientos, ya que estas descripciones varían conforme los acontecimientos que sólo posteriormente ocurrirán que obligarán a re-describir los acontecimientos previos. Incluso, qué sea un acontecimiento depende del peculiar lugar que ocupe en un relato o del modo en que se relacione con una “estructura temporal”. Por lo tanto, se sigue como consecuencia la imposibilidad de narrar sin interpretar. De aquí se extraen dos conclusiones relevantes para el tratamiento del valor de la narración como representación: la *descripción* de un acontecimiento es *dependiente* de la trama narrativa en la que se inserte, y no es posible poseer descripciones completas de ningún acontecimiento.

A pesar de que pueda resultar una observación obvia, conviene reafirmar que de su dependencia de la narración que lo tiene por tema, no se sigue que el pasado real se *reduzca* a una construcción lingüística. Que el mundo es dependiente de nuestros marcos conceptuales, no implica que no exista un mundo ontológicamente independiente de nosotros. El narrativismo parece sostener que la tesis de la dependencia lógica (entre narración y descripción) es idéntica a la de dependencia ontológica (entre texto y realidad), y de ahí concluirá que no hay criterios por los cuales se pueda juzgar la adecuación empírica de una narración (dado que no hay nada externo a la narración que pueda ser comparado con ella). Basta un paso más para sostener la inconmensurabilidad entre narraciones o la reducción del debate entre ellas a una discusión retórica. Finalmente, las narraciones aparecerán como propuestas de interpretaciones del pasado que mantienen determinadas relaciones “intertextuales” entre ellas (Ankersmit)⁸.

⁷ En la medida en que estas oraciones refieren a dos acontecimientos separados en el tiempo pero describen sólo el primero de ellos, sólo pueden formularse luego de que ambos acontecimientos referidos han efectivamente tenido lugar, cfr. Danto, A: **Analytical Philosophy of History**, (Cambridge, Cambridge University Press, 1965).

⁸ Cfr. Lorenz, K.: **Konstruktion der Vergangenheit. Eine Einführung in die Geschichtstheorie**, (Köln, Weimar, Wien, Böhlau, 1997), pp. 177-187.

Las tesis narrativistas concitaron una particular atención de parte de los historiadores cuando se pusieron en juego en relación a la interpretación de hechos particularmente traumáticos, los que podrían caracterizarse como “catástrofes sociales”. Por un lado, estos hechos supondrían un *límite* a la representación, por tratarse de hechos cuyo horror los vuelve irrepresentables, de modo que cualquier intento de exponerlos en una forma narrativa implicaría el riesgo de “disciplinarlos” o “embellecerlos”, cuando en realidad debieran mantener su carácter “sublime” (White). Por otro lado, la elección de la perspectiva o punto de vista desde el cual el relato ofrece la representación del pasado resulta un tema central al momento de valorar dicha representación. Las controversias acerca de los modos en que se debe mantener viva la memoria del pasado reciente son un buen ejemplo de las discusiones acerca de cómo, y desde qué punto de vista, representar un pasado cuando éste involucra situaciones especialmente horribles.

Puede no discutirse la verdad empírica del enunciado “El 24 de marzo de 1976 hubo un golpe de estado en la Argentina”; por ejemplo, Ankersmit dirá que la verdad de este enunciado puede determinarse sin problemas por adecuación, mientras que la cuestión problemática será la de la verdad de la narración como totalidad. El problema fundamental es que por detrás de estas tesis hay una versión extremadamente simplista de lo real, y finalmente, un criterio de verdad que sólo parece ser el de adecuación. Cuando Ankersmit dice que el predicado “verdadero” no puede aplicarse a una narración sino a las oraciones que la constituyen, parece finalmente querer decir que la verdad es la relación uno a uno que se establece entre una oración y un hecho del mundo al que esa oración refiere. Es entonces una idea casi pictórica de la verdad, y una visión atómica de los hechos.

¿Cuándo podríamos afirmar que la narración histórica es una representación del pasado? Como respuesta sumaria podríamos señalar la exigencia de que cumpla con estas tres características: que esté compuesta por proposiciones verdaderas, que proponga una versión o imagen verosímil del pasado, y, finalmente, que formule un relato que sea seguible para un lector informado. Sin embargo, hará falta insistir en un cuarto requisito que involucra, digamos, el compromiso ontológico de una narración histórica, compromiso que no existe como tal para la narración literaria. Incluso el propio Ankersmit admitirá que: “la representación en la ficción no nos compromete a la existencia de lo que representa, ni

siquiera a la posibilidad de su existencia”⁹. De modo que, adicionalmente a las tres características mencionadas, una cuarta será que la narración dé información *sobre*, y permita conformarnos una imagen (metafóricamente hablando) *de*, un pasado *efectivamente* ocurrido. Es decir, que tenga valor referencial, en cuanto se propone para dar cuenta de un pasado que *efectivamente* ocurrió.

Conviene volver a insistir en este punto en que la descripción de los sucesos o acontecimientos de los que las narraciones históricas hablan resultan, en una medida importante, de la organización que ofrece la propia narración (Danto). Disiento en suponer que esto sería una imposición que, de algún modo, subvertiría la naturaleza del pasado. Seguramente determinar qué fue lo que ocurrió resulta tal vez el punto crítico de toda investigación histórica, no sólo porque se trata de establecer con fidelidad la existencia de un hecho, sino porque la tarea de conceptualizarlo ya involucra un aspecto constructivo difícilmente desdeñable. Los denominados “hechos históricos” aceptados consisten en su gran mayoría en construcciones teóricas, no tanto porque resulten un invento de la historiografía, sino porque al hablar de ellos hemos incorporado tantas categorías de análisis que han “cristalizado”, de modo tal que damos por supuesto que “Revolución de mayo” denota un fenómeno definido cuya caracterización no habría cambiado a lo largo del tiempo. Sin embargo, las primeras caracterizaciones de un fenómeno histórico provienen muchas veces de sus mismos contemporáneos, y otras veces forman parte de una tradición intelectual heredada que se acepta casi sin cuestionamientos¹⁰, conformando de este modo un elemento insoslayable para el análisis historiográfico posterior, en el cual esas primeras caracterizaciones pueden cambiar drásticamente, aún cuando se mantenga la denominación original para el fenómeno en cuestión. Así, “los historiadores nunca se aproximan al pasado sin la mediación de muchos encuentros previos con reconstrucciones históricas, y que mucho del esfuerzo de la práctica histórica es situar la nueva obra en la tradición de discurso que ha habido antes”¹¹.

⁹ Ankersmit, F.: “Representación histórica”, (en: **Historia y tropología. Ascenso y caída de la metáfora**, México, FCE, 2004), p.203. Cfr. **Narrative Logic. A Semantic Analysis of the Historian’s Language**, (The Hague, Martinus Nijhoff Publishers, 1983), p. 199.

¹⁰ Véase por ej. el análisis que hace Koselleck de “Modernidad” en el artículo del mismo nombre en **Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos**.

¹¹ Zammito, J.: “Ankersmit and historical representation”, (**History and Theory**, 44, II, 2005), p. 163.

Lo que estoy señalando aquí tiene vinculaciones obvias con la teoría de Ankersmit de las “sustancias narrativas”, es decir, conceptos que permiten poner bajo un mismo nombre lo que en realidad es un complejo de eventos que se extienden a lo largo del tiempo cuya denominación no está exenta de carga teórica (“Renacimiento”, “Revolución de Mayo”, “Modernidad”). Ankersmit dirá más, ya que según él, estos conceptos “no se refieren a la realidad histórica en sí, sino a interpretaciones narrativas del pasado”¹². De esta manera, las narraciones históricas no hablan *sobre* el pasado, sino sobre estas sustancias narrativas.

En contra de esta posición, insisto en que se puede afirmar que la narración histórica *representa* al pasado, lo que significa, dicho laxamente, que le permite al lector formularse una “imagen”¹³ relativamente precisa de lo que pudo haber *efectivamente* ocurrido, para lo cual tanto las proposiciones que la narración contiene, como las relaciones que establece entre ellas, deben estar o bien debidamente fundadas en la interpretación de la evidencia disponible, o bien debe explicitarse que son presunciones, dada la ausencia o incompletitud de la evidencia. En la medida en que la representación que la narración provee es a su vez una *interpretación* no tiene sentido suponer que exhibe el pasado “*tal como efectivamente ocurrió*”, ya que es altamente probable que en la narración el historiador, incluso en el nivel de la más pura descripción, utilice categorías no disponibles para los contemporáneos o testigos directos (si es que “el pasado tal como ocurrió” está de alguna manera contenido en sus testimonios).

La expresión que hizo famosa Ranke deberá entenderse del siguiente modo: la narración representa lo que *efectivamente* ocurrió al interpretar la evidencia por medio de la formulación de un relato seguible de lo que *pudo* haber ocurrido. No estoy muy convencida de que esto quiera decir que la representación histórica finalmente sea un “sustituto” del pasado real (lo que creo que me obligaría a aceptar la autonomía radical de la narración respecto de aquello que representa), sí me gusta otra caracterización que da Ankersmit, siguiendo las reflexiones estéticas de Danto, en cuanto a que la representación nos “distancia” de la realidad, y, al hacerlo, nos permite tomarla como objeto. En este caso la realidad que se nos enfrenta como objeto en una representación es la realidad histórica, el pasado real. Según

¹² Ankersmit, F.: “El uso del lenguaje en la escritura de la historia”, p. 166 (en **Historia y tropología**, ob.cit.). Estas sustancias narrativas son, en verdad, una reelaboración de los conceptos coligatorios de Walsh.

¹³ Insisto en que estoy usando el término de manera metafórica sin comprometerme con la carga visual que involucra.

Danto: “la representación artística se enlaza por lógica con el acto de distanciar la realidad”, agrega Ankersmit: “en tanto no se representa la realidad, permanecemos como parte de ella y no podemos darle contenido alguno a la noción de realidad [...] sólo hay realidad en la medida en que nos oponemos a ella”¹⁴. Aplicando esto al caso de la representación del pasado, diríamos que la narración histórica nos permite tomar al pasado como objeto al ponérselo enfrente, si no fuera así, no podríamos siquiera hablar de él como lo hacemos normalmente.

En realidad, no se trata más que de admitir algunas tesis epistemológicas que se aceptan sin discusión para otras ciencias fácticas, como es el caso, por ej., de que los datos suponen siempre algún nivel de interpretación. Esto significa, sencillamente, que sin un marco teórico, más o menos explícito, más o menos sofisticado, no hay reconstrucción o narración del pasado posible. Como toda ciencia fáctica, la historiografía científica se caracteriza por tener una base empírica en relación a la cual testear sus construcciones teóricas. Esta base empírica no es el pasado en su totalidad, ni siquiera un acontecimiento en su absoluta pureza, puesto que ambos forman parte ya de un nivel de construcción que requiere el uso de algún instrumental teórico sofisticado. La contrastación de las narraciones, en cuanto teorías, sólo puede realizarse por una evaluación de los criterios de selección, admisión e interpretación de la evidencia histórica. Tales criterios son en última instancia internos a la comunidad de historiadores, y tienen que ver con la posibilidad de fijar marcos comunes para argumentar respecto de las diversas narraciones propuestas. En este sentido puede decirse que las narraciones son objetivas, en cuanto resultan ser argumentativamente defendibles. Como tales, *pretenden* ser verdaderas, y, por ende, son potencialmente falsables.

Un punto que me gustaría aclarar es que la discusión en torno a las narraciones aceptables no implica sólo sopesar argumentos empíricos, sino que involucra cuestiones acerca de cuáles son las categorías teóricas con las que identificar los hechos de los cuales tenemos evidencia. Así, en el ejemplo que di antes, la afirmación contiene el término “golpe de estado” que supone una carga teórica particular, esto es, al menos una teoría política que dé un marco de significado a esa expresión. Pero también se ponen en juego criterios morales, o

¹⁴ Ankersmit, “Representación histórica”, p. 222. Estoy tomando algunos elementos de la propuesta de Ankersmit que son útiles a mi argumento, y dejo de lado algunas tesis más provocativas que no me interesa discutir aquí.

normativos en sentido amplio, cuando se discute el valor de una narración. Por ej., no es una cuestión superficial definir el punto de vista desde el cual está justificado dar cuenta narrativamente del pasado.

Este punto de vista no es sólo el de la retrospectiva temporal. Si, como lo señala Ankersmit, “el conocimiento histórico ‘general’ que una narratio ofrece de (parte del) pasado es esencialmente una definición de un específico ‘punto de vista’ desde el cual se nos invita a ver el pasado”¹⁵; deberá señalarse que este punto de vista no resulta primariamente de un interés cognitivo de poder ofrecer “la mejor perspectiva” sino del juego más sutil que recorta el o los sujetos que vendrían a officiar de “narradores” para el lector, o bien de sus interlocutores “aceptables”. Es claro que este no es punto que vaya a saldarse en términos puramente epistemológicos, ya que lo que está en juego es otra cosa. La discusión puede parecer que gira alrededor de la verdad, o de la calidad de una narración, pero en realidad, es una discusión respecto de a quién se legitima al darle la voz narrativa. Es cierto que el estilo de la historiografía moderna “hace aparecer a los acontecimientos como hablando por sí mismos”, como H. White ha señalado correctamente, pero al hacerlo en verdad está rescatando algunas miradas por sobre otras. Así, los acontecimientos resultarán narrados desde la perspectiva *de* los dominadores (por ejemplo, desde el punto de vista europeo en detrimento del punto de vista de las culturas precolombinas¹⁶), *de* los triunfadores (como en el caso de la historiografía consagrada acerca de la 2º Guerra Mundial¹⁷), o *de* las víctimas (como es el caso de los sobrevivientes de los campos de concentración nazis¹⁸).

La elección de esta perspectiva conlleva un componente de compromiso político ineludible. Considero que dicha elección puede justificarse, ya que no comparto la idea de que las consideraciones morales, normativas o políticas deban reducirse a simples preferencias estéticas; pero para ello, dicho compromiso debe hacerse explícito. De otro modo se oculta un

¹⁵ **Narrative Logic**, pp.25-6.

¹⁶ El que se haya instalado durante tanto tiempo el “descubrimiento” de América como objeto historiográfico, o la caracterización de “nuevo mundo” para el continente americano, es una buena muestra de cómo se impone una perspectiva por sobre otras.

¹⁷ Es notable la dificultad que supone, por ejemplo, rescatar el punto de vista de Hitler sobre las situaciones en las que estuvo involucrado, sin caer en una discusión justificatoria y sin aventurar necesariamente una lectura revisionista del pasado.

¹⁸ La perspectiva de las víctimas no es homogénea y no resulta valorada del mismo modo según sean los regímenes o gobiernos involucrados y las circunstancias políticas; para un análisis del valor diferencial que tendría el testimonio de un sobreviviente de un campo de concentración nazi frente al de un sobreviviente de un campo de concentración soviético, véase Todorov, T.: **Los abusos de la memoria**, (Buenos Aires, Paidós/Asterisco, 2000).

elemento que resulta esencial en la aceptación que pueda tener una narración propuesta. Por supuesto que dicho punto de vista no es último ni está a salvo de crítica, pero casi siempre resulta del condicionamiento político que el presente impone en el trato con el pasado, en cuanto el presente define la agenda de preguntas con la que nos dirigimos al pasado, y la amplitud o estrechez de esa agenda nos abre a un panorama más o menos rico de lo que ocurrió en el pasado. Así, en el caso del pasado argentino reciente se ha comenzado a narrar ya no sólo desde la perspectiva de la víctima o el sobreviviente del terrorismo de estado, sino también se han hecho explícitas sus historias previas: la militancia política, la elección de la lucha armada, etc., etc.. Para que ello sea posible debió darse un cambio en la sociedad en la consideración política de esas víctimas, cambio que luego hizo posible la aparición de esta nueva perspectiva desde la cual contar el pasado y que amplía nuestra comprensión de lo que pudo haber ocurrido¹⁹.

Por último, quiero señalar que, como en otras disciplinas, es posible hablar de un progreso en la comprensión histórica, es decir, creo que entendemos mejor a los hombres y mujeres del pasado. No se trata sólo de que este progreso puede entenderse cuantitativamente, efectivamente sabemos más acerca del pasado, tenemos más información, porque tenemos mejores métodos para hallarla e interpretarla. Se trata más bien de que nos hemos vuelto más conscientes de cómo nuestros marcos conceptuales y nuestra experiencia de hombres y mujeres contemporáneos permean nuestra comprensión del pasado. El desafío para la ciencia histórica es el de evitar transformarse en una mera extensión del sentido común, y ser capaz de producir explicaciones convincentes de lo que ocurrió a través de las narraciones que propone, explicaciones que sean un aporte original a nuestra comprensión del mundo humano (no sólo del pasado, sino también del presente).

¹⁹ Para un análisis de cómo las víctimas del terrorismo de estado en Argentina fueron cambiando del status de víctimas “pasivas” a “combatientes”, y la modificación que eso involucraba en la representación que la propia sociedad se hace de sí misma, véase Vezzetti, H.: **Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina**, (Buenos Aires, Siglo XXI, 2002).